

MURCIA EN LOS VIAJES POR ESPAÑA

POR

ANTONIO PEREZ Y GOMEZ

VII

En el último de los artículos publicados, el sexto, y dedicado a comentar las andanzas por nuestras tierras del súbdito británico G. A. Hoskins, confesábamos la ausencia de noticias sobre su vida, en los diccionarios biográficos conocidos, hasta el punto de no sernos posible ni siquiera averiguar qué nombres propios encubrían las dos iniciales, precursoras del apellido, que figuran en la cabeza del libro. Hoy podemos informar a nuestros lectores, merced a la generosa ayuda del eminente bibliófilo y bibliógrafo belga Mr. Jean Félix Peeters-Fontainas, que conoció nuestro artículo y se apresuró a proporcionarnos el dato, que aquel viajero se llamaba George Alexandre Hoskins y que falleció en 1864, según los breves datos que de él figuran en el Catálogo de la Biblioteca del Congreso de Wáshington. Conste aquí nuestra gratitud a tan excelente amigo e informador, a quien tanta ayuda debemos en nuestros trabajos y que leerá, de seguro, también estas páginas.

* * *

Sigamos adelante en esta tarea informativa sobre andanzas por nuestras tierras de viajeros de otros países; vamos a seguir centrandó nuestra atención, y llevando la de nuestros lectores, hacia visitantes ingleses; vamos a mantenernos dentro del siglo XIX al que pertenecían, también, los últimos itinerarios estudiados; alargando el brazo hemos sacado del estante en que se encontraba una obra publicada en Londres en 1834, en dos volúmenes. Es un bonito ejemplar, pulcramente encuadernado y en excelente estado de conservación. Su autor, según el título, es el capitán S. S. Cook.



Cook, viene a España en octubre del año 1829; entra en nuestro país, por la frontera occidental francesa, desde Bayona. Pasando por Madrid se adentra en Andalucía y en esta región visita Córdoba, Málaga, Sevilla y parte de la provincia de Granada.

Quizá regresó a Madrid, pues, cuando viene a nuestras tierras, llega a Murcia en ruta desde la capital de España, hacia Almería y Granada, pero «pour le chemin des écoliers», como dicen los franceses, o sea, por el largo camino desde Madrid a Almería, pasando antes por Alicante, Alcoy, Torrevieja, Murcia, Cartagena, Mazarrón y Aguilas. Hace, por lo tanto, un itinerario de viajero franco tirador, que se traza a sí mismo sus propias singladuras, coincidan o no con las canónicas.

Estuvo en nuestra patria casi tres años, y volvió a venir a ella en 1843. Pero este segundo viaje, en el que no se ocupa de cosas murcianas, cae fuera de la órbita de nuestra atención, centrada solamente en su primera estancia con nosotros.

Además de viajero, fué Cook un buen observador y un bastante ameno y decoroso escritor. Las dos obras en que se conservan los recuerdos de sus viajes se leen con agrado y deberían de haber sido vertidas al castellano hace tiempo. Ninguna de las dos lo está aún, o al menos nosotros no sabemos que lo esté.

Del viaje primero, 1829 a 1832, publicó su relato en un libro, en dos volúmenes, presente ante nuestros ojos en este momento, cuyo título reza: *Sketches in Spain during the Years 1829, 30, 31 & 32... by Captain S. S. Cook, R.N. K.T.S. F.G.S.*, impresos en Londres, en 1834, por Thomas and William Boone, con XX + 344, y VII + 336 páginas, respectivamente. Publicamos una reproducción de la portada del primer tomo, en facsimile.

El libro tuvo bastante éxito. En el mismo año de su aparición, ya se traduce al alemán bajo el título: *Capitán E. S. Cook Skizzen aus Spanien*, Stuttgart, Tübingen, 1834. Arturo Farinelli, gran bibliógrafo sobre viajeros por España, nos dice: «Los Bosquejos de España de Cook eran muy leídos por el delicado poeta Gil y Carrasco. Véase el t. II de sus *Obras en prosa*, Madrid, 1883, pág. 218».

El segundo viaje de Cook, en 1843, fué también motivo de otra obra titulada: *Spain and the Spaniards, in 1843*, también en dos volúmenes, impresos por igual casa editora, y en el mismo lugar, que la obra citada anteriormente.

No vacilamos en reiterar el gran interés que estas obras de Cook, sobre todo la primera citada, tienen para el lector español y para el lector murciano. En la que hoy motiva este trabajo, los ocho primeros capítulos, que ocupan hasta la página 182 del primer volumen, contienen sus recuerdos de viaje; los capítulos IX al XIV, que completan el tomo, se



dedican a estudiar las Corridas de Toros y otros festejos, el Gobierno, Carreteras, Legislación y Administración de Justicia, Iglesia, Ejército, Costumbres y Relaciones con Francia; y los capítulos XV al XXV, materia del volumen segundo, se dedican a comentarios sobre Bandolerismo, Comercio, Hacienda, riqueza en mármoles y vinos, riqueza minera, Arquitectura, Escultura y Pintura, e Historia Natural, con especiales capítulos a la Ornitología y Geología.

Cuando Cook se pone a informar a lector sobre nuestra cultura artística, no se limita a una simple cita de escuelas, artistas y obras, sino que lleva a cabo una personal sistematización dedicando párrafos separados y encabezados con el nombre, a aquellas figuras que le parecieron singularmente relevantes. Como en esas pequeñas biografías se encuentran las de personas que, por su nacimiento o larga estancia en Murcia, pueden ser de interés para nuestros lectores, como sucede con Andrés y Pedro de Valdevira y Francisco Zarcillo (*sic*), entre los escultores de la escuela granadina, y con Orrente y Mateo Galarte entre los pintores de la escuela valenciana, más adelante nos detendremos sobre ello y transcribiremos un extracto de los juicios de Cook sobre estos artistas. Por cierto que al examinar nuestro viajero el movimiento pictórico granadino, aparecen *los Ciezas*, y quizá no podamos resistir la tentación de encontrar alguna ascendencia ciezana a estos tres pintores, que preste a nuestra patria chica un pasado artístico de que, por desgracia, carece.

El Capitán S.S. Cook R.N. K.T.S. y F.G.S., era, en realidad, Samuel Eduardo Cook Widdrington. Debió decidirse a acortar su nombre y a llamarse simplemente «Capitán Cook» quizá seducido por ese sonoro nombre, bastante cargado de historia y aun de leyenda en el campo de la vida aventurera. Un primer Cook, Juan, en el siglo XVII, navegante y pirata, mantuvo durante varios años la ya añeja tradición corsaria inglesa en su piadoso empeño de saquear nuestras posesiones de Ultramar, de que fué uno de los primeros avatares el famoso Drake, ennoblecido por la reina Isabel de Inglaterra. En el siglo siguiente, y con mayor dignidad, defiende el prestigio del apellido Jacobo Cook, emprendiendo con las fragatas *Resolution* y *Discovery* la vuelta al mundo y perdiendo en ella, como antaño Magallanes, en forma bastante parecida y en latitudes próximas, su vida. Nuestro Samuel Eduardo, peleó como un valiente en Francia y en Indias. La circunstancia de que, durante la estancia en Lisboa de su navío, de 74 cañones, el *Windsor Castle*, tuviese que buscar refugio a bordo el rey don Juan VI de Portugal —que por cierto tuvo un reinado harto proceloso, con su trono siempre en tengueregué y teniendo alguna vez que poner de por medio, entre su cuerpo y su patria, nada menos que el Océano Atlántico—, le valió el ingreso en la Orden lusita-



na de la Torre y la Espada, en la que alcanzó el grado de Comendador. Y sus libros, y sus viajes pacíficos de estudio, le valieron los títulos que encubren la serie de iniciales que pone como secuela de su nombre en el título de la obra que estamos comentando.

Años más tarde, otro Cook, Federico, haría sus expediciones al Polo Norte, en las que encontró, al comienzo, fama, prestigio y oropeles, enervados a la postre por los incidentes que pusieron de relieve la mendacidad de algunas de sus informaciones y que amargaron los últimos años de su vida.

Y a la postre, otro Cook, Thomas, viendo que en los viajes no sólo podían encontrarse pillajes, saqueos, empresas heroicas, descubrimientos, placer de los sentidos y reposo y distracción para el ánimo, sino también pingües beneficios explotándolos desde el punto de vista industrial y financiero, fundó, en 1841, la mundialmente famosa agencia de *Viajes Cook*, dando así, en la esfera de lo peripatético, una definitiva y estable consagración a su apellido. Como verá el lector, aquí se explica todo; barata, modesta y fácil cultura de diccionario.

Peró esta cultura de diccionario no hubiera bastado para poder descifrar los títulos y dignidades que encubren las iniciales que el capitán Cook coloca como coletilla y estrambote de su nombre, siguiendo unas normas bastante usuales en Inglaterra. Casi a medias han sido descifradas entre el profesor Edward M. Wilson, de la Universidad de Cambridge —cuya ayuda agradecemos cordialísimamente— y quien este trabajo firma. R.N. significa *Royal Navy*, Armada inglesa. K.T.S., *Knight of the Tower and the Sword*, la Orden lusitana de la Torre y la Espada, a que aludimos antes. F.G.S., *Fellow of the Geographical Society*, aunque el profesor Wilson cree que su correcta cita hubiera sido F.R.G.S.

* * *

Cuando Cook se encuentra en Alicante, hace muy escaso tiempo que ha tenido lugar el tristemente famoso terremoto que, en 21 de marzo de 1829, sacudió toda esta comarca murciano-alicantina, produciendo inmensos daños en vidas y en cosas. Nosotros hemos publicado, en los anexos de la revista MONTEAGUDO de esta Universidad, número 3, un pliego suelto, relatando aquella catástrofe, con finalidades de divulgación popular en ferias y mercados, con un curioso grabadito ilustrativo. Y los lectores de MVRGETANA recordarán cómo otro de los viajeros ingleses, cuyas estancias entre nosotros son la materia de estos artículos, Henry D. Inglis, recuerda aquel suceso porque todavía aparecen, en 1830 y 1831, las cicatrices del desastre. Cook siente curiosidad por ver, con sus propios



ojos, los estragos que el seismo produjo y, enterado de que el lugar más castigado había sido el marinero pueblecito de Torrevieja, decide visitarlo. He aquí la causa directa de que para ir de Alicante a Murcia lo hiciera por una ruta bastante inusual.

Entre Alicante y Torrevieja, encuentra una comarca llana, casi inculta, sin otra explotación de la tierra sino para cultivar o aprovechar la *salsolae*, la barrilla, que ya ha sido tema, repetidas veces, de los viajeros que hemos hecho desfilar por esta serie de trabajos. Pasa por Guardamar, lugar mísero en la desembocadura del Segura y casi totalmente destruído por el terremoto, y comprueba, ya entonces, cómo el río llega exangüe a su última etapa antes de arribar al Mediterráneo. Salvo en épocas de riadas e inundaciones, el caudal del río es insignificante y totalmente absorbido por las acequias y canales construídos para irrigación de los terrenos cercanos en la comarca.

Torrevieja está —más bien *estuvo*, dice con impresionante dramatismo Cook— en una estrecha laja de piedra situada entre el mar y las extensas lagunas interiores destinadas al aprovechamiento de la sal. El pueblo es un montón de ruinas en toda su extensión, y sólo han quedado en pie, en los alrededores, los molinos de viento a los que su peculiar construcción arquitectónica, circular, defendió de los efectos destructores de las terribles sacudidas del suelo. Las calles, antes amplias y anchas, están intransitables, llenas de escombros. El terremoto se había producido al atardecer, sin el menor indicio o señal de perturbaciones atmosféricas, mediante una ondulación de Oeste a Este que, en poquísimos segundos, produjo considerables estragos costando la vida, en Torrevieja, a unas treinta personas en su mayor número de gente que transitaba por las calles en ese momento, y que la perdieron al desplomarse las paredes exteriores de los edificios. Entre los fallecidos se encontraban el Sr. Cura, su anciana madre y la sirvienta, que murieron al intentar escapar de la casa que se hundía. Como ha quedado la secuela de levísimas y fugaces sacudidas, que todavía se producen, no se ha intentado comenzar las obras de reconstrucción del pueblo.

El guía que va enseñando a Cook las consecuencias de aquella catástrofe, le muestra su propia casa, reducida a ruinas, sin que al hacerlo aparezca la menor indignación por su desastre, sino una triste y cristiana resignación: se alberga, en esos días, en una choza hecha con ramas de palmera y tan exigua que el estar dentro de ella ambos, era absolutamente imposible. Sin embargo, ni siquiera en tal grado de miseria olvidó el guía la tradicional cortesía y hospitalidad castellananas; obsequió a Cook con una copa de vino y le ofreció todo cuanto en aquel momento poseía.

Cook observa cómo las mujeres de las mejores clases sociales pasan



el día afanadas, parte en bordar sobre bastidor o tambor, parte en otros quehaceres caseros usuales en esta comarca, tan morisca, y parte en *asomarse continuamente a los huecos, puertas, ventanas o balcones que dan a la calle mientras la luz del día lo permite.*

Se hospeda en un local al que llaman *posada*, absolutamente en ruinas; le ponen una limpia cama en el suelo; las vigas del techo han sido fuertemente atadas con cuerdas a paredes y puntos de resistencia; pero le aseguran que puede dormir tranquilo y que nada tiene que temer si se produjese, de noche, alguna sacudida.

Cuando, a la mañana siguiente, se despierta y sale a la calle, se encuentra a las mujeres trabajando afanosamente en la tarea esencial de barrer y asear sus terrazas y las fachadas y confrontaciones de sus casas; faenas que antes realizaban por ellas sus servidores. Recién salidas de la cama, y con los largos cabellos —que constituyen siempre el mayor orgullo de la mujer y más aún de la mujer española—, cayéndoles hasta por debajo de la cintura se aprestan a tener su casa limpia desde que el sol nace. Por todas partes, el espectáculo es de una triste resignación; no se ven mendigos por las calles; no se escucha ni una queja ni una frase de rebelde desesperación.

Torre vieja vive de la sal que se produce en una extensa zona, de unas tres leguas o trece millas de circunferencia, y que parece que se obtiene por la existencia de algunos manantiales salados que, cuando la producción es escasa, son incrementados con agua del mar que es introducida en las lagunas por medio de esclusas. Durante la estación seca, se produce la evaporación del agua superficial que se acelera en los meses estivales de calor intenso. Y cuando llega el otoño ya existe una capa de sal, de entre tres y ocho pulgadas, que es rota y levantada en la misma forma que si fuese una capa de hielo; estos trabajos constituyen el solo gasto de la explotación. Los ingresos del Gobierno, por esta especie de monopolio, serían muy considerables con otros sistemas menos rudimentarios de explotación. Por otra parte, los impuestos y tributos, cada día mayores, impiden que la venta de sal sea fructífera para el comercio interior, y el comercio exterior, en otras épocas considerable y halagüeño, ha disminuído mucho en los últimos años.

Emprende Cook su ruta hacia Murcia, pasando antes por Orihuela. El paisaje es poco interesante y atractivo. Está pasando por la línea del terremoto y todos los edificios están asolados. A la derecha, toda una serie de aldeas y caseríos, con nombres árabes, aparecen muy severamente castigados. Después de pasar por una pintoresca y aislada montaña, coronada en su cumbre por un castillo morisco (Monteagudo), casi inaccesible, se llega a Murcia.



«El valle —habla Cook— es uno de los monumentos más destacados de la industria, destreza y habilidad de los moros, cuya descendencia permanece en esta comarca pura y sin mixtificaciones». El riego, del que todo en estos parajes depende, está organizado y regularizado con verdadera maestría; la situación de estas tierras es una de las mejores de España, toda vez que la huerta de Murcia, se encuentra físicamente protegida por los cuatro costados, sin mar inmediato, sin vientos fríos que puedan azotarla y sin temor a cambios bruscos de temperatura. En toda esta región, no sólo se mantienen las tradiciones moriscas, sino que aun la sangre es tan pura que estas tribus, que de los árabes descienden por varios motivos, pueden ser equiparadas a las argelinas o tunecinas. El corte del rostro es, en general, bastante diferente al de los moriscos andaluces.

Bien pocas palabras dedica Cook a Murcia, capital, en la página 35 del volumen primero; tan pocas son, que nos vemos obligados a traducirlas literalmente, porque si las extractamos, bastaría con una línea de este trabajo: «La ciudad contiene pocos objetos de arte, pero las mejores tallas de Zarcillo (*sic*), el último buen escultor de la gran escuela española, en ella se encuentran. Los pocos pintores que a Murcia pertenecen, se agrupan en la escuela valenciana. La ciudad es limpia y absolutamente morisca, con bellos paseos para invierno y verano».

Después de examinar los alrededores, se marcha Cook a Cartagena donde se detendrá su atención un poco más. Ya sabemos, por reiterada experiencia obtenida en los viajes anteriores de súbditos británicos, en qué grado interesaba a casi todos Cartagena; se debe ello, en parte, a la residencia en esta ciudad del Cónsul inglés, pero también al prestigio de Cartagena como plaza fuerte marítima, de primera clase, en una parte del mundo tan esencial para la política inglesa como es el Mediterráneo.

En el periplo que nos ocupa hoy, este paso por Cartagena tiene cierta importancia. Durante la estancia de Cook en esta ciudad murciana, se produjo un incidente muy curioso, entre él y el Capitán General, que nuestro hombre relata con toda minuciosidad, y que nosotros recogemos más adelante.

Nos dice Cook, que Cartagena es una de las pocas plazas españolas que no fueron nunca sitiadas, ni siquiera amenazadas por los franceses durante la Guerra de la Independencia, y una de las plazas que *jamás* fué conquistada, en forma regular, en los tiempos modernos. En el fondo de la bahía, formada por un golfo entre dos altas cordilleras de piedra caliza, se encuentra la ciudad, asentada en una superficie de terreno elevada, y flanqueada por altas colinas, a uno y otro lado, y con una llanura detrás; sobre esta llanura una cordillera de rocas forma la barrera defensiva por la parte de tierra; es tan imponente que los ingenieros creyeron innecesaria



ria toda obra defensiva, y el frente de tierra no es sino una alta cortina rocosa sin fortificaciones exteriores.

La parte izquierda, o frente occidental, cubre la bahía, y está protegido con dos castillos muy fuertes y destacados, construídos en las cumbres de montañas rocosas, no dominados por ninguna otra posición y extraordinariamente difíciles de poder ser atacados ni rendidos. Están construídos con piedra caliza con amplias junturas.

La parte derecha, o frente del Este, está cubierto por una lengua de tierra, en forma de cuerno que se adentra en el mar, coronada por una masa de rocas y es, posiblemente, el flanco más débil y vulnerable porque destruyendo las obras que le coronan, y avanzando baterías por la derecha, toda la cortina de tierra quedaría dominada y el flanco total derecho, abierto.

Pero la situación de la plaza, las dificultades del terreno, muy rocoso y abrupto, el mar abierto de que dispone y la constante y fácil comunicación con la flota británica, eran motivos más que suficientes para hacer difícil todo ataque francés a Cartagena. Y, aparte de estas ventajas, se encuentra demasiado alejada de la base de operaciones y del sistema de comunicaciones de todos los cuerpos del ejército invasor que pudieran emprender su asedio, sobre todo en esta comarca tan desprovista de recursos de toda clase. El soberbio puerto, con capacidad para albergar toda una flota, y con más de 50 pies de profundidad, sirve de refugio ahora solo a una modesta corbeta, en venta, que nadie querría comprar. Un grupo de presidiarios, se afana en levantar la pòpa del *San Pablo*, que es casi lo único que queda de la flota española. Los espléndidos almacenes y depósitos se encuentran vacíos; los talleres de cordelería, sin trabajo.

Vamos a relatar el pintoresco incidente que le acaeció a Cook, con la primera autoridad militar de Cartagena, tal y como él lo cuenta. Envió nuestro hombre noticia al Cónsul inglés de haber llegado a Cartagena, proyectando pasar al día siguiente a saludarle: el Cónsul le contestó, rápidamente, para informarle que se encontraba enfermo en cama. Cook, ante la indisposición del representante diplomático de su país, decide dar solo un rápido vistazo a la ciudad y abandonarla; pero cuando se retiraba al hotel a preparar sus equipajes, le llegó una orden del Gobernador Militar, diciéndole que si no se presentaba a su autoridad, con toda rapidez, las puertas de la ciudad quedarían cerradas para él y sería impedida su salida; obediente a esta comunicación, localizó Cook la residencia del Gobernador, inquirió si se encontraba en disposición de recibirle y se presentó a él. El Gobernador le dijo:

—Estoy verdaderamente asombrado de que un oficial inglés, se haya



conducido como usted, faltando al respeto debido al no venir a verme y a ponerse bajo mi protección—.

Cook intenta defenderse; pero el Gobernador, concediendo nula atención a sus excusas, continuó con impaciencia:

—Usted, ni siquiera ha visitado a su Cónsul, limitándose a mandarle una carta con un criado; esto está muy mal; usted, debería saber que, siendo un extranjero, yo soy, por mi cargo de Capitán General, su protector; si usted se encuentra en cualquier contratiempo, debe esperar que yo he de solucionarle todas sus dificultades. ¿Cómo quiere usted que yo pueda cumplir mi deber y esté a su cuidado y protección, si comienza usted por no presentarse a mí, y hace que yo esté ignorante de su presencia en Cartagena?—.

El despacho estaba lleno de ayudantes, secretarios y asistentes, que se habían ido acercando a presenciar la escena.

—*Bien dicho*—, dijo el que parecía de mayor graduación, aprobación que repitieron seguidamente todos, condenando así, por aclamación. la conducta del viajero inglés. Pero ante la buena intención palpable y manifiesta, en las frases del General, Cook se sintió poco propicio a contradecirle y asintió sumiso, presentando sus excusas. El Gobernador satisfecho, terminó con cortesía y amabilidad:

—Señor mío, usted debería conocer mejor estos usos tan obligados en el Ejército. Si un oficial español va a Inglaterra, debe confiar en la Autoridad militar de cada plaza que visite, y presentarse a ella inmediatamente. ¿Por qué no ha hecho usted lo mismo aquí?—.

Terminada la pintoresca entrevista, pudo nuestro hombre continuar en Cartagena y visitarla detenidamente. Y nos cuenta Cook que, durante las guerras napoleónicas, le había sido dado observar lo poco frecuente que era en Cartagena el viento de tierra, circunstancia que entorpecía, y hacía muy difícil, la salida rápida de los barcos que se albergaban en su puerto. Esta circunstancia era casi peculiar de Cartagena porque el viento de tierra suele ser el predominante en casi todos los puertos del Mediterráneo. Y pone de relieve la seria desventaja que ello significaba, para esta gran plaza militar y marítima, antes de que apareciera la navegación a vapor.

Buscando una explicación a tal singularidad, presume Cook que ella se debe a la gradual difusión de la temperatura en esta región, que es, probablemente, la de un clima más uniforme en Europa; a su situación en alto, con la llanura detrás y el mar delante; a la ausencia de cambios súbitos de temperatura, y de refrigeraciones repentinas, que son la causa del viento de tierra en los otros sitios. La comarca, comprendiendo la región marítima del reino de Murcia, la parte costera occidental de Valen-



cia, y la oriental de Andalucía, bajo la influencia de Sierra Nevada, es de las más secas de Europa, siendo muy frecuente que se pasen nueve o diez meses seguidos sin llover. Las concentraciones de nubes, son contenidas en el interior por Sierra Nevada, que actúa como una barrera protegiendo esta comarca por el Norte.

Las condiciones para la agricultura son muy irregulares. Sin pantanos ni depósitos de reserva y almacenamiento de agua, todas sus tierras se encuentran privadas de una irrigación regular y, salvo el valle del Segura, el resto de la región es semejante al desierto africano. Ningún sitio puede existir menos apto que Cartagena para una estación naval, sino fuera por el magnífico puerto de que dispone. No existen a mano recursos de ningún género de los que son necesarios. La sola madera de construcción, que se encuentra próxima, es el pino de Sierra de Segura, apto, solo, para usos muy inferiores. Como consecuencia de todo esto, la propia Armada Española no es sino una planta exótica, mantenida merced a grandes esfuerzos y enormes desembolsos que, en cuanto por cualquier causa hay que escatimarle las subvenciones, o limitarles los dispendios, se hunde por completo. Tan escasos son los medios para todo, que no puede Cook proveerse de un caballo y ha de recorrer a pie los alrededores para examinar las peculiaridades geológicas del terreno.

Tampoco encuentra caballerías para continuar su viaje y cruzar la sierra que se interpone entre Cartagena y Almería; ha de alquilar una *tartana*. En ella, y por la carretera o camino de tránsito, se marcha a *Almazarrón*, amplio pueblo, en un valle casi a una legua del mar, gozando más saludable clima y mejor temperatura todavía que Cartagena.

No encuentra, en él, *posada* alguna; pero logra ser admitido como huésped en el hogar de un matrimonio, recién casado, en el que el marido resulta ser hijo del director que se encuentra al frente de las industrias del alumbre. Una montaña, situada detrás de la ciudad, es la que proporciona la piedra de la cual se saca el alumbre y el *almagro*, o tierra roja usada para el pulimento de espejos y para otros menesteres. La roca o piedra es bastante blanda y puede ser desmenuzada con facilidad. Ha de ser sometida al fuego, para cocerla, y después pulverizarla o molerla; el alumbre se deposita, en solución, sometido a evaporación, y el residuo es el *almagro* que Cook cree es un silicato de hierro.

La comarca es, también, gran productora de *barrilla*, que se utiliza para obtener de ella carbonato de sosa del que le enseñan unas muestras excelentes. Afortunadamente se necesita, para esas operaciones, muy poco combustible, y con los arbustos que crecen en los alrededores hay suficiente para alimentar los hornos. De otra forma no podría mantenerse esta explotación porque no se ve un árbol en toda la comarca, hasta



tal punto que aun la mina más rica de hierro sería aquí totalmente improductiva e inútil.

Consigue alquilar unas mulas y, a lomo de una de ellas, atraviesa la salvaje e inculta comarca para llegar al pie de una cordillera con cumbres pedregosas y extraño y peculiar perfil, que le ha valido el ser llamada *Lomo de vaca*. Descendiendo por un triste y desolado camino llega a Aguilas, pequeña ciudad al pie de escarpada roca coronada por un castillo, con una bahía o ensenada a derecha e izquierda, ofreciendo mejor albergue el refugio de levante donde los barcos se encuentran protegidos de los vientos de Poniente.

La ciudad fué fundada por Carlos III y es una de las más perfectamente trazadas y de las mejores obras de aquel Rey. Se comunica con Lorca por carretera y por ella alcanza la ruta de Granada a Murcia. Fué proyectada para ser el puerto de mar de toda esta parte del reino murciano y, aunque bien construída, y con excelentes edificios, en la época en que la visita Cook ha decaído mucho.

Al día siguiente cruza la pequeña llanura que rodea Aguilas, y por otro camino, también triste y desolado, atraviesa un accidentado terreno pizarroso, que hacía difícil mantenerse cabalgando, por el peligro de perder el camino, que no era sino una senda difícilmente visible. A la postre tiene que descabalgarse y continuar a pie porque se interpone en su camino una profunda laguna que se había formado por las inundaciones del día anterior y el guía tuvo miedo de que se le ahogaran los animales si no se vadeaba el obstáculo. Así se hizo, siendo necesario trepar por unas cumbres y sortear la laguna. Al pasar este peligroso desfiladero, entraron en el valle del Almanzora para cruzarlo y llegar a Vera, que era la etapa de esta singladura; en esa ruta, que le aleja ya de nuestras tierras, dejamos tranquilo al capitán Cook para que continúe su viaje.

* * *

Aparte de lo hasta ahora expuesto, y de los datos que al final consignaremos sobre artistas relacionados con Murcia, o por ser nativos de esta región o por haber vivido en ella largo tiempo sufriendo su influencia, pocas veces aparecen alusiones a nuestra tierra en el libro de Cook.

Cuando habla de los criaderos de reses bravas, aparece Murcia, junto a Valencia y Cataluña, al solo efecto de decir que no hay en ella ni una sola ganadería. Al recorrer la región valenciana, mejor dicho, al ocuparse de las carreteras españolas, nos cita para decir que la proyectada desde Játiva a Alicante y Murcia, por Alcoy, se encontraba interrumpida por ciertas dificultades de ejecución, y que el Gobierno había ofrecido un



importante premio para el mejor proyecto de una carretera por la costa. La carretera de Murcia a Granada es practicable para vehículos, pero con gran dificultad en época de lluvias, y necesitando un elevado presupuesto para su conservación.

Cuando estudia Cook el tipo, carácter y costumbres de los pueblos de España, dice que los murcianos tienen escasas peculiaridades dignas de mención, y que caen bajo el grupo general levantino de Valencia en el que usualmente se les incluye. Cook, sin embargo, opina que nosotros poseemos el carácter africano con más intensidad, y que las antiguas maneras y costumbres se conservan en Murcia con más fidelidad que en Valencia. Lo deduce de la rebeldía, en nuestra comarca, a admitir las innovaciones y modas en vestir, siendo raro ver una mujer sin *mantilla*. Aunque toda esta región fué reconquistada a los árabes mucho antes que Andalucía, como permaneció pacífica, los usos, costumbres y modos de vivir y de vestir se conservaron en ella mejor que en Andalucía, donde, por las revueltas y rebeliones reiteradas, se persiguieron más, obligando a los andaluces a desterrar las peculiaridades especiales de la morería.

Es digno de poner de relieve, aunque sea una observación no privativa acerca de los murcianos, sino general para todos los españoles, la de Cook acerca del «arte de la conversación» entre nosotros. Vamos a traducir casi literalmente.

Madame de Stael, dice: «La conversación, como arte del ingenio, como talento, sólo existe en Francia». La escritora francesa no hubiera hecho esta afirmación —dice Cook—, si hubiese tenido oportunidad de tratar a los españoles, que poseen ese real talento en mucho mayor grado que los descendientes de los galos, y que cualquier otro pueblo de Europa. Y siguen algunas observaciones sobre el comportamiento del español, en los salones, que no resistimos la tentación de transcribir.

En el arte de conversar en los salones, no cabe duda que el francés merece su fama y la conserva. Pero como un don general, existente en todas las clases y rangos, es evidente que es el español el que lo posee en más alto grado que ningún pueblo moderno. En España el estilo de la conversación es grave, sin dejar por ello de ser animado. Muy pocas faltas se cometen por el deseo de singularizarse o de destacar —sobre todo en el diálogo— que es defecto esencial de la conversación francesa de la época. Es muy raro, en España, encontrar quien pretenda monopolizar la conversación; la conversación discurre, en cualquier salón, ordenadamente, y cada cual aguarda su turno con actitud respetuosa y pasiva, sin interrumpir a nadie. El silencio respetuoso y característico de los griegos es el habitual en España, cuando alguien habla. Lo que se dice, lo es en forma directa y clara sin precipitaciones y sin afectaciones, y atentos



siempre al consejo de Cervantes: «No hables nunca como si te estuvieras oyendo a ti mismo».

Son innumerables los españoles que poseen el ingenio sobrio que caracteriza al inmortal autor, sobre todo en Castilla. Este ingenio es muy habitual en la buena sociedad, donde se encuentran sus más destacadas muestras. La conversación animada, lo es más aún en España, por el amplio campo que le presta el empleo de aumentativos y diminutivos, en mucha más escala que entre los italianos; también es frecuente el invento de palabras, por derivación de otras, que se practica en España con indudable gracia. El español, sobre todo las mujeres, tiene una extraordinaria habilidad para inventar motes o apodos, con positiva oportunidad y sin el menor asomo de malicia.

* * *

NOTAS DE COOK SOBRE ARTISTAS MURCIANOS

Pedro Valdelvira. Natural de Alcaraz, lugar de la Mancha, pero muy identificado con Andalucía, a cuya escuela pertenece. A él se atribuyen los bellos relieves y arabescos del Ayuntamiento de Sevilla, así como otros trabajos en Baeza y Ubeda. Fué, también, un excelente arquitecto, y a su trabajo, en parte, se debe la Catedral de Jaén. Estudió en Italia y vino a España con Cobos, secretario de Carlos V.

Andrés Valdelvira. Hijo del anterior, bajo cuyo cuidado estudió y a quien sucedió en su oficio de arquitecto. Hay algunas esculturas suyas en Ubeda y Baeza. Quizá sean suyas, aunque no es seguro, algunas de las existentes en Cuenca. Es probable que algunas de las del Hospital fuesen terminadas por él bajo instrucciones o dibujos dejados por su padre.

Francisco Zarzillo (sic) y Alcázar. De familia napolitana, y establecido en Murcia, cierra la serie de tallistas clásicos en las escuelas españolas, siendo el último buen escultor en madera, aunque algo inferior a las primeras figuras y con cierto amaneramiento y excesiva gesticulación en sus imágenes. Su obra se encuentra desparramada por todo el reino de Murcia pudiendo verse las mejores de ellas, sus Pasos con la historia de la Pasión, en tamaño natural, en la Capilla de Jesús, y figurando otras numerosas obras, a él debidas, en varias iglesias.

Pedro Orrente. Nacido en Murcia; es una de las grandes figuras de la escuela española. Su estilo imita mucho al de los Bassanos, a los que iguala y aún excede, a veces, en la manera de tratar los paisajes, ganados



y otros elementos decorativos. Ha pintado cielos, con masas de nubes y juegos y efectos de luz en el horizonte, como los mejores artistas de la escuela veneciana. Su maestría impide a veces, en algunos cuadros, decidir si son suyos o de los Bassanos, decidiendo normalmente la duda los tonos dorados en algunos casos; pero el manejo de los rojos y el trazado del dibujo es, muchas veces, mejor en Orrente. Cook nos dice que él posee un cuadro suyo *El Samaritano* y *El Pozo*, en el que mientras el Señor aparece ataviado con las clásicas vestiduras tradicionales, el samaritano es un auténtico campesino de Valencia. Su mejor cuadro histórico —según se dice— es el *San Sebastián*, de la Catedral de Valencia; pero Cook estima como su más lograda obra la *Santa Leocadia* que hay en la Sacristía de la Catedral de Toledo, que puede pasar por un «Veronés». Hay otras obras suyas en la misma Sacristía, y algunos buenos cuadros, más pequeños, en Madrid. Sus cabezas de viejos podrían pasar como salidas del pincel de Rembrandt. La producción de Orrente se encuentra muy dispersa, y con muchos cuadros en colecciones privadas. En la Academia de Madrid hay algunos, y dos en las Monjas de la Reina, en Toledo.

Mateo Gilarte. Discípulo de Ribalta. De producción escasa y poco importante. Los solos cuadros que alcanzó Cook a ver, son los del Convento de Santo Domingo, en Murcia, donde el pintor vivió. Su dibujo es bastante correcto, pero el color débil y pobre.

